

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

HERSCHT 07769

LA NOVELA BACHIANA
DE FLORIAN HERSCHT

RELATO

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2026



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Herscht 07769*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2021 by László Krasznahorkai
© de la traducción, 2026 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

Cubierta a partir de *Cabeza de un husky* (1824),
de Henry Hawkins

ISBN: 979-13-87964-22-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 7037-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

FRANJAS DE ARCOÍRIS

de la nada en la nada	11
de alguna parte a alguna parte	39
el mundo desaparece	90
el silencio de Berlín	114
sólo avisan de que están	139
en Bach no hay nada fácil	150
ofrecía un consuelo más profundo	157
servía bolas de helado grandes	208
en la proximidad de la grandeza	227
<i>Falsche Welt, dir trau ich nicht!</i>	274
no hay nada más perfecto que	288
pero de color celeste	311
el vacío absoluto	336

La esperanza es un error.

Angela Merkel, canciller de la República Federal Alemana, Willy-Brandt Straße 1, 10557 Berlín, puso como destinatario y luego arriba a la izquierda, en el lugar previsto para el remitente, simplemente Herscht 07769, sólo eso, sugiriendo de tal modo el carácter reservado del asunto, aunque por otra parte consideraba también que no merecía la pena emplear muchas palabras ofreciendo datos precisos acerca de su identidad en el sobre, puesto que la oficina de correos seguramente dirigiría la respuesta a Kana basándose en el código postal, y en Kana enseguida lo encontrarían por el apellido, y en cuanto a la sustancia de la carta, estaba toda expuesta con sus propias palabras en la hoja de papel que dobló cuidadosamente en cuatro e introdujo en el sobre, lo ponía todo, explicando de entrada que la señora canciller, como doctora en física que era, comprendería de inmediato lo que él, allí en la localidad de Kana en Turingia, pensaba al querer advertirle educadamente que una personalidad como ella no sólo debía interesarse por las preocupaciones y problemas cotidianos del país, sino también a veces por preocupaciones y problemas en apariencia alejados de lo cotidiano, sobre todo cuando éstos asedian con una fuerza destructiva precisamente la vida cotidiana, y se trata, escribió, en efecto de un asedio, es más, de un hecho que sacude de manera fundamental la existencia de la humanidad en su conjunto y el orden social y que se hace evidente cada vez desde más frentes a la vez, entre los cuales a él solamente le cabe resaltar en este caso el más importante, la señal de alarma científica implícita en el curso de los experimentos con el vacío y en las descripciones de ciertos procesos que quedan aparentemente sin respuesta, pues se demostró, para colmo hace tiempo,

si bien a él sólo le ha llegado ahora, que en un espacio completamente vacío según el lenguaje normal y corriente ocurren cosas, lo cual parece motivo suficiente para que quien gobierna el país y es una de las personalidades más influyentes del mundo considere esto, y justamente esto, como una prioridad, convoque al Consejo de Seguridad como mínimo, ya que no se trata de una mera cuestión política, sino vital, y esbozó entonces de manera muy concisa los detalles, y eso fue todo, pues consideraba preferible ser breve, sabiendo que la destinataria tendría muy poco tiempo para leerlo y, además, para qué explayarse cuando en el fondo se trataba de una experta, de modo que firmó, dobló la hoja en cuatro, la introdujo en un sobre y por último le puso las señas, pero no, sacudió la cabeza, no está bien, sacó el papel del sobre, lo estrujó y lo arrojó al suelo, pues debo partir, dijo para sus adentros como solía hacer, debo partir del hecho de que la señora canciller es doctora en física, de que no hace falta, por tanto, explicarle nada con detalle, sino ir directamente al grano para que comprenda enseguida de qué asunto tan importante se está hablando y, concretamente, para que enseguida haga algo, convocar al Consejo de Seguridad es lo mínimo, se acodó entonces en la mesa, apoyó el mentón en las manos juntas, se inclinó para recoger el papel, lo alisó para quitarle las arrugas y volvió a leer el texto, y como tenía un bolígrafo con el que podía escribir en color azul o verde o rojo, lo cogió, pulsó el rojo y con ese color rojo subrayó con fuerza y varias veces la expresión «lo mínimo» situada justo después del Consejo de Seguridad, y a continuación asintió con la cabeza de forma muy expresiva, como quien daba el visto bueno a todo, y volvió a doblar en cuatro la hoja con sumo cuidado, igual que antes, siguiendo las líneas ya marcadas, volvió a introducirla en el sobre y se dirigió de inmediato a la oficina de correos, donde sólo había dos personas delante de él, y la primera acabó enseguida, pero la segunda, que llevaba un pequeño paquete, quería averiguar con sumo

detalle algo, a ver cuánto costaba enviarlo por correo ordinario, cuánto certificado por DHL ExpressEasy, cuánto normal por DHL ExpressEasy y cuánto por correo certificado, no había manera de que se decidiera, no hacía más que estirar el asunto, formulaba más y más preguntas, después suspiraba dando a entender que le costaba tomar una decisión, y eso que él, apostado detrás de ella, no tenía mucho tiempo en esa pausa de almuerzo ampliada, ya que el Jefe no se mostró muy proclive a dejarlo marchar, desconfiaba de Florian, se le notaba que consideraba el dolor de muelas una excusa inaceptable, un alemán no tiene dolor de muelas, le espetó, pero no tenía alternativa, tuvo que soltarlo media hora antes del almuerzo para que pudiera acudir a la clínica odontológica Collier, pero sólo para ver a la doctora Katrin, de ninguna manera al doctor Henneberg, al que tenía miedo, y lo cierto era que no resultó muy persuasivo al aducir el dolor de muelas, pero no le quedó otro remedio, no tenía el valor suficiente para decirle la verdad al Jefe, es más, de hecho nunca había tenido el valor suficiente, pues conocía demasiado bien al Jefe, iniciarlo en la verdad habría supuesto dejarle echar un vistazo a su interior o, para ser más exacto, a ese único rincón oculto de sí mismo que el Jefe no había alcanzado aún, hasta allí sólo había llegado la señora Ringer, mientras que el Jefe no lo había hecho ni podía hacerlo ahora, pues no deseaba confiarle el único secreto, ése no, ya que por lo demás le había contado muchas cosas o, dicho de otro modo, el Jefe le había sonsacado casi todo, de manera que era en realidad un libro abierto para el Jefe, yo lo sé todo sobre ti, repetía una y otra vez, incluso lo que tú no sabes de ti mismo, estás bajo mi responsabilidad, de manera que tienes que contarme siempre todo, porque si no lo cuentas, yo lo percibo, y entonces ya sabes lo que viene, y Florian lo sabía, porque desde que le impidiera ser panadero y lo contratara en su empresa y se convirtiera también él, Florian, en limpiador de edificios, había recibido innumerables manotazos del Jefe,

por cualquier causa, pues todo cuanto hacía estaba mal, que esto no es así, que esto no se pone allá, que esto no toca ahora, sino después, y no después, sino ahora, y no con esto, sino con lo otro, y no tan fuerte, y no tan suave, nunca nada le gustaba, y eso que llevaba cinco años trabajando con él, de modo que Florian no debía mencionar el asunto, y no lo mencionó, calló desde el principio de los principios, concretamente desde el momento en que le vino la iluminación como un relámpago, estaba justo volviendo a casa después de ver al señor Köhler y pensaba en lo que había escuchado, porque, a decir verdad, no entendía, durante mucho mucho tiempo, no entendió lo que quería decir el señor Köhler, pero luego, camino de casa, de pronto, como si realmente un rayo hubiera dado en él, se dio cuenta de qué se trataba y mucho se asustó al comprender que esto significaba que el universo se basaba en el hecho incomprensible de que en un espacio vacío cerrado siempre surgían junto a mil millones de partículas de materia también mil millones de partículas de antimateria, de modo que unas se eliminaban a otras, pero después, de repente, esto no ocurrió, tras la partícula de materia mil millones y uno no apareció la partícula de antimateria mil millones y uno, de manera que entonces una partícula de materia permaneció existiendo o directamente creó la existencia, como una abundancia, como un exceso, como un plus, como un error, y de allí, única y exclusivamente de allí y por eso existía el universo, o sea que sin eso no existiría, y tanto le asustó la idea que tuvo que detenerse y apoyarse en el muro cuando al llegar al final de la Oststraße torció a la izquierda y se dirigió por la Fabrikstraße rumbo al centro comercial, se apoderó de él una sensación de calor, le zumbaba el cerebro, simplemente no pudo seguir andando, pues según el señor Köhler la ciencia no podía explicarlo por el momento, pero cuando lo dijo Florian seguía en la pregunta de cómo podía surgir algo de la nada, que fue lo que dijo el señor Köhler, que el proceso comenzaba en un vacío cerrado de tal

manera que de la nada en la nada de súbito surgía algo, o sea, empezaba ese acontecimiento, lo cual era del todo imposible, pero aun así empezaba, empezaba con el nacimiento de esos mil millones de partículas de materia y mil millones de partículas de antimateria que se eliminaban unas a otras en el acto, de modo que de ese proceso se liberaba un fotón, y Florian estaba todavía en esta frase del señor Köhler, trataba de comprenderla, de forma que sólo le llegaba la voz del señor Köhler que explicaba el final del asunto, el cual era según él todavía más asombroso, aunque la esencia de éste se le iluminó de verdad cuando pasó por delante del edificio abandonado de la estación o, más concretamente, delante de la santa con la lanza que estaba sujeta a un semicírculo de hierro, y se fue arrastrando por la calle desierta junto a las ventanas cegadas con tablones hasta que de alguna manera llegó a casa

de la nada en la nada

y siguió arrastrándose por la escalera como quien acaba de recibir una paliza, ya era tarde para ir a ver a la señora Ringer, de modo que no podía hacer más que volver a casa, pero a la llave le costó entrar en la cerradura, la puerta se abrió con dificultad, y él encontró la cocina envuelta en una especie de niebla sombría, como si una fuerza maligna le impidiera alcanzar su sitio acostumbrado y sentarse finalmente, estaba hecho polvo, seguía sentado, con la cabeza entre las dos manos para que no estallara por los latidos, y se arrastraban también sus pensamientos, de manera que no fue de extrañar que al día siguiente, cuando se subió en la esquina de la Christian-Eckardt-Straße con la Ernst-Thälmann-Straße al coche del Jefe, éste enseguida se dio cuenta de que algo le ocurría a Florian, así que preguntó, a ver, qué carajo te pasa, qué problema tienes, y como Florian se limitó a negar con la cabeza y a

mirar fijamente hacia delante, el Jefe sólo añadió, mecagüenlaleche, empezamos bien el día, y la pinta que tienes para colmo, ¡si ni siquiera te has afeitado!, con lo cual, claro, quería decir que Florian volvía a estar mal de la chaveta, pero no era eso, únicamente le preocupaba, y mucho, lo que había dicho el señor Köhler el día anterior, que no era nada fácil, pues primero había que entender al señor Köhler, había que entender básicamente qué significaban las palabras del señor Köhler, lo cual en sí ya era difícil, porque de física sólo sabía lo que había leído aquí y allá desde la infancia y, por otra parte, lo que podía captar en el curso titulado «Por los caminos modernos de la física» que se impartía en la Escuela de Adultos, allí iba él, al edificio del Instituto de Bachillerato Lichtenberg, pues sólo había llegado a terminar la enseñanza obligatoria y se había formado como panadero, de manera que los martes por la tarde estaba allí sentado entre los oyentes, llevaba ya dos años, subía a la colina, a la Schulstraße, y se limitaba a escuchar, prestaba atención, apuntaba esto y aquello, y así acabó de forma diligente el primer año y al siguiente volvió a matricularse para escuchar lo mismo de nuevo, ya que en el primero no lo había entendido todo, y le sentó bien volver a escuchar al docente, al señor Köhler, que explicaba el mundo maravilloso de las partículas elementales, como lo llamaba, y de allí vino que el señor Köhler le propuso que, si le ayudaba a talar un enorme abeto ya seco en su jardín en la Oststraße, él le explicaría lo que seguía sin entender del mundo maravilloso de las partículas elementales, porque al final del segundo año Florian sacó fuerzas de flaqueza y en la noche de despedida se acercó al señor Köhler en el sótano del Instituto de Bachillerato Lichtenberg, donde el señor Köhler impartía sus clases para adultos, y le dijo que por desgracia había algunas cosas de lo escuchado en esos dos años que no le resultaban del todo claras, que no se preocupara, le respondió el señor Köhler, podía ir a verlo, siempre y cuando le ayudara a talar ese árbol, y él, claro,

no dejó que el señor Köhler interviniera para nada, él solito taló el árbol del señor Köhler el fin de semana siguiente, le quitó también las ramas y primero las llevó hasta la puerta del jardín y luego, mientras el señor Köhler lo observaba pasmado, cogió el tronco y lo sacó todo entero como si fuese una simple ramita y lo añadió a las ramas para que después se lo llevara un coche, no fue nada problemático, con la consecuencia de que el señor Köhler no sólo volvió a explicarle todo, sino que desde entonces todos los jueves a las siete de la tarde Florian iba a ver al señor Köhler, el propio señor Köhler se lo ofreció, primero el jueves siguiente, después el otro, hasta que al final se convirtió en un hábito, y ahora se encontraba en la oficina de correos, viendo que aquella ancianita no era capaz de decidirse a enviar el paquete, y eso que a él sólo le quedaban veinte minutos de la pausa del mediodía, qué podía explicarle al Jefe si llegaba tarde, no podía seguir mintiendo, no podía decir que había tanta gente delante de él en la clínica odontológica, pues hasta el Jefe sabía que a esa hora no quedaba allí casi nadie, es más, que después de las doce ya no admitían más pacientes, así que no podía aducir eso, lo mejor habría sido acabar allí cuanto antes, miraba a Jessica, que estaba detrás de la ventanilla respondiendo con suma paciencia a la anciana, pero cuando finalmente le tocó a él, la cosa tampoco fue coser y cantar, pues entonces fue Jessica quien empezó a estirar el tiempo, a ver, ¿y esto qué, Florian?, ¿para Angela Merkel?, oye, tú qué te imaginas, que le escribes así sin más y que ella luego lo lee, ¿eh?, y él no supo qué contestarle, ya que Jessica no era precisamente conocida por mostrar mucha comprensión en asuntos que se apartaban de lo habitual allí en la oficina de correos, tanto ella como su marido, desde que se habían mudado de la Bachstraße, partían de la base de que las cosas son sencillas y transparentes, es más, el marido de Jessica, el señor Volkenant, superaba incluso a Jessica añadiendo que no hacía falta tanto cuento, que las cosas eran pan comido y punto, con lo

cual a Florian le venía a la mente algo muy distinto, como también en esta ocasión, cuando Volkenant, tras la espalda de Jessica, le gritó desde el almacén de paquetes, ni hablar, le gritó, porque si lo quieres, si quieres mandarlo por ochenta céntimos, es como si cogieras ochenta céntimos y los tiraras por la ventana, ¿entiendes?, y repitió que la cosa era pan comido, y a Florian lo que se le ocurrió fue el tortazo que sin duda le esperaba, y entonces apremió a Jessica, puso los ochenta céntimos en el mostrador y no respondió a ninguno de los dos, y ellos tampoco insistieron, se miraron y ya está, les importaba un pepino, Jessica se encogió de hombros, estampó con fuerza el sello en el sobre e hizo una mueca, como dando a entender que por ella podía Florian tirar el dinero por la ventana si quería, y el Jefe tampoco dijo nada, sino que le clavó a Florian un tortazo, no le dijo ni esto ni aquello, sino que se limitó a propinarle como siempre un manotazo, y él agachó la cabeza y no dio ninguna explicación, como quien sabe que de todos modos no le serviría de nada, se había retrasado diecisiete minutos, porque eran las doce y cuarenta y siete, ¿qué podía decir?, ¿que había mucha gente delante de él para la consulta de la doctora Katrin?, no tenía ningún sentido seguir por ahí, el Jefe sabía por supuesto que él no había ido a la clínica odontológica, aunque no se conformó con que Florian le ocultara algo, a mí no me vendas con guardar secretos, le espetó en el coche cuando salieron de la carretera B88 rumbo a Bibra, pero Florian se contuvo, no respondió, miró fijamente hacia delante, lo cual bastó por el momento, pues el Jefe no insistió, hasta que llegaron a Bad Berka, y allí se limitó a decirle «vamos, sal» y «venga, coge el puto Kärcher», pero luego, después de tratar el pavimento con un producto químico, siguieron fregando en silencio el suelo, donde un «imbécil de cuidado» había vertido una pintura que no se iba así sin más, de manera que los llamaron a ellos, que ya eran conocidos en toda la región oriental de Turingia, el Jefe ofrecía buenos precios

y siempre realizaba los trabajos con minuciosidad, puntualidad y resultados satisfactorios, le daba igual lo que vertían ni qué grafitis había que eliminar, el espectro era amplio, ellos estaban especializados en todo, limpieza, protección, chorros de arena, rajaduras de cristales, es más, los llamaban incluso para quitar chicles, de manera que casi todo tenía cabida en el espectro, como lo denominaba el Jefe, el espectro ha de ser tan amplio que quepa de todo, me entiendes, Florian, no sólo los grafitis, sino todo, porque nosotros vivimos de eso, me entiendes, no me entiendes, claro, un gigantón como tú, y nunca entiendes nada, porque así lo llamaba cuando estaba de buen humor, pocas veces, pero en ocasiones ocurría que estaba de buen humor, y entonces lo llamaba gigantón, venga, puto gigantón todo músculo que no entiende nada de nada porque lo único que le interesa es el universo, el universo, claro, y golpeaba entonces el volante, lo miraba por un instante y empezaba a escupir las palabras ya sin asomo de buen humor, diciendo que Florian había de dejar el universo, que el universo era cosa para los judíos, él, Florian, había de ocupar el tiempo en cosas prácticas, y preguntando si conocía, por ejemplo, cada uno de los versos del himno nacional, si se sabía el himno al completo, pues había de saber que un alemán empezaba siempre por el comienzo, ¿entendido?, no por la tercera estrofa, qué banda de criminales liberal nos había hecho tragar todo eso, eso de no tener que cantar, mecagüenlaleche, nuestro propio himno desde el principio hasta el final, esto nadie nos lo puede quitar, la puta que los parió, porque es el punto de partida de todo, pero en ese momento ya solía gritar a voz en cuello y pisaba a fondo el acelerador emocionado al recordar el himno entero, casi levantándose del asiento cuando quería enfatizar alguna palabra, lo cual hacía rugir el motor del Opel, y entonces tenía que gritar para superar el ruido, canta, Florian, canta, la puta que los parió, que suene la maravillosa primera estrofa, y la segunda, no nos venga aquí

nadie a decir lo que es NUESTRO HIMNO, y entonces Florian enseguida debía ponerse a cantar

*Deutschland, Deutschland über alles
Über alles in der Welt,
Wenn es stets zu Schutz und Trutze Brüderlich
zusammenhält...*

y el motor rugía, ciento treinta, ciento cuarenta, era lo máximo a lo que se atrevía normalmente el Jefe con el Opel, así viajaban a toda velocidad rumbo al siguiente y luego al siguiente encargo, de modo que Florian tampoco en esta ocasión tuvo posibilidad alguna de escabullirse, pues debía cantar casi cada vez que iba a algún sitio en el Opel, vaya, qué voz cascada que tienes, Florian, ¿no serás judío?, le espetaba siempre, y le gritó también esta vez, oye, mecagüenlaleche, que así no vas a cantar nunca en la ópera de Dresde, te lo digo yo, y quitaba el pie del acelerador, dando a entender de esta manera el desprecio que sentía por Florian y por todo aquel que desafinaba como él, un alemán tiene un fino y gran oído para la música, solía decir, de manera que Florian tuvo que renunciar a ir a ver a la señora Ringer y a cambio lavar el viernes su mono de trabajo para que más o menos se le secara sobre el radiador hasta el día siguiente, y todos los sábados a las once de la mañana debía presentarse a los ensayos para mejorar el oído, pero el oído no mejoraba, seguía teniendo una voz cascada y seguía también obligado a cantar regularmente el himno nacional en el Opel que el Jefe había comprado bajo mano no mucho después de que lo contratara, el coche tenía entonces cuatro años y medio y, claro, había que reparar esto y aquello, a veces se estropeaba esto, a veces lo otro, es lo que pasa con los coches viejos, gruñía el Jefe, pero no criticaba el coche, sino que lo elogiaba, porque al menos era alemán, un Opel siempre será un Opel, ¿verdad?, aunque a veces haya que reparar algo, porque los americanos la

cagaron, cagaron de manera espantosa la obra maestra que es un Opel, de modo que no paraba de repararlo, y lo hacía con gusto, siempre solo, o sea que no necesitaba entonces a Florian, es más, Florian ni siquiera tenía permiso para entrar en el patio del Jefe, cosa que no habría hecho de todos modos nunca por el perro, el Jefe a veces comentaba la reparación con el vecino Wagner, sólo con él, pero la comentaban, no más, el Opel solamente podía tocarlo el Jefe, a ver, ¿sabes quién era Adam Opel?, le preguntaba a veces en el coche, y Florian le respondía enseguida, pues el padre de Wilhelm y de Carl, decía, a lo cual el Jefe, como si se tratara de una broma que a ambos les gustaba repetir, lo corregía diciendo, de Wilhelm VON Opel y de Carl VON Opel, aunque a Florian no le gustaba repetirlo, pues no le parecía ni divertido ni interesante, más bien le aburría, ¿te aburre, no?, el Jefe lo intuía cuando le insistía que lo repitiera, que no, decía Florian negando sin convicción alguna con la cabeza, que sí, todo esto te aburre, lo sé, gritaba el otro tratando de acallar el ruido del Opel, y durante un rato iban los dos en silencio en el coche, y a continuación Florian recibía una colleja, como lo llamaba en broma el Jefe, así sin más, de buenas a primeras, una colleja, eso era todo, con lo cual daba por cerrado el asunto, y Florian lo aceptaba desde hacía tiempo como algo natural, el Jefe siempre daba por concluido un tema con una colleja, y entonces él agachaba la cabeza, como quien admite que el destino es así, el Jefe era el destino, algo que no se podía cambiar, lo admitía y esperaba la respuesta de Berlín, y luego, como la respuesta tardaba en llegar, comenzó a ir a la oficina de correos, eso sí, cuando conseguía llegar a tiempo antes del cierre, porque los Volkenant cerraban a las 18 horas, y por supuesto sucedía más de una vez que ellos, Florian y el Jefe, llegaban más tarde a casa con el Opel, y entonces no tenía sentido ir corriendo al casco antiguo, no encontraría abierta la oficina para preguntar, pero a veces sí lo conseguía, y le preguntaba también al cartero, del que sa-

bía que por las noches se quedaba bebiendo en el bar IKS hasta la hora de cierre, él preguntaba, pero nada, tanto el cartero como Jessica se limitaban a negar con la cabeza, aunque de hecho el cartero lo hacía incluso sin que se le preguntara, siempre, sobre todo cuando se acercaba la hora de cierre, nada, nada de nada, y el Jefe llegó a inquirirle al cabo de un tiempo, oye, por qué carajo vas siempre a ver a Jessica, venga, explícame, y qué podía él responderle, porque te gusta, ¿eh?, vaya, metiéndose con una mujer casada, me cago encima ahora mismo, se sonrió y comenzó a darse palmadas en las rodillas, lo cual era sólo la introducción, pues enseguida se echó a reír a su manera, o sea, abrió la boca, pero sin soltar ningún sonido, agitaba la cabeza con la boca abierta y se inclinaba hacia la cara del otro, le parecía divertido, y así se reía siempre, y luego le daba una fuerte palmada en la espalda y después otra, que Florian debería haber interpretado como un reconocimiento, aunque Florian no lo interpretaba así, sino que se sonrojaba y esbozaba una sonrisa forzada, como admitiendo la sospecha, hasta que al final se largaba para evitar estar cerca del Jefe, pues mientras estaban juntos, había de estar alerta, nunca podía saber qué se sacaría el otro de la chistera, de manera que durante un tiempo lo mejor era que sospechara de algo con Jessica, pues mucho peor era cuando le venía con que la patria los necesitaba a todos, con que él, o sea Florian, haría bien en no aplazar más la decisión, esto es, en sumarse a ellos y solicitar por fin el ingreso en el batallón, pues así llamaba él a sus camaradas, el batallón, y si bien no quedaba muy claro lo que era, Florian sabía que no quería formar parte, les tenía miedo, todo Kana los conocía, los nazis, decía la gente en voz baja, y lo que el Jefe deseaba de forma cada vez más agresiva sonaba, además, amenazante, porque si ingresaba, entre aquellos nazis debería haber luchado día tras día no sólo con el Jefe entregándose al máximo, sino también con ellos, eso sí, sin entusiasmo ni entrega alguna, porque lo único seguro era, pues los conocía,

que no lo dejarían en paz, que debería someterse él también al tatuaje, pero temía el tatuaje más incluso que al dentista, no quería que lo tatuaran, ni la Cruz de Hierro, ni el escudo con el águila de la lengua colorada que el Jefe le recomendaba con insistencia, a Florian le bastaba pensar en ello para que se le pusiera la piel de gallina, le bastaba imaginar la aguja y el zumbido espantoso de la máquina de tatuar que él a veces escuchaba cuando había de acompañar al Jefe después del ensayo al local de Archie porque algún miembro nuevo o uno antiguo se tumbaba bajo la máquina mientras los otros esperaban fuera, le daban ganas de huir, de huir a toda pastilla, como un loco, en la dirección opuesta de donde estaban esa aguja y esa máquina de tatuar, así que no, de ninguna manera, y en la medida en que se sentía capaz de decirlo, lo expresaba de forma decidida, no, él nunca se tatuaría, no era su estilo, añadía en voz baja, y el Jefe se ponía furioso, ¿cómo?, ¿conque no perteneces a los nuestros?, ¡que sí, que perteneces!, si yo pertenezco al grupo tú también perteneces, porque, no sé cuántas veces debo decírtelo, decirte que estás bajo mi responsabilidad, cuántas veces debo metértelo en esos oídos sordos, venga, piensa y elige, o la Cruz de Hierro o el escudo con el águila de la lengua colorada, pero no le des muchas vueltas, pues la semana que viene me acompañas y te pones bajo las manos de Archie, mecagüenlaleche, aunque luego salgas de ahí llorando, aunque gracias a Dios, hasta el momento Florian se había salvado, no había tenido que ponerse bajo las manos de Archie, si bien, eso sí, había de admirar regularmente el pecho todo músculo del Jefe, con la luciente Cruz de Hierro, porque me la he ganado, decía, y tú también tienes que ganártela, más no decía, volvía a meterse la camisa en el pantalón y luego se limitaba a añadir a modo de explicación a los demás que Florian por el momento no se tatúa, que es como un crío que se mea en la cama, pero el problema es que es tan fuerte, repito, tan tan fuerte que ni siquiera cinco de nosotros podríamos sujetarlo cuan-

do estuviera bajo la aguja, ya me entendéis, ni siquiera cinco, es fuerte como un toro, muchachos, es lo que hay, el otro día nos salimos de la B88 por culpa de las obras, la carretera estaba toda embarrada, y no había manera de sacar del barro el lado derecho del coche, y entonces se bajó, cogió el Opel conmigo dentro, ¿me entendéis?, conmigo dentro, lo levantó y volvió a ponerlo en la carretera, o sea que habrá que vencerlo para que lo haga por él mismo, a lo cual los demás no dijeron ni pío, miraban al Jefe, al que esas miradas silenciosas no le gustaban nada, nada de nada, de manera que enseguida pidió unas cervezas, las repartió entre los miembros del batallón y dijo, por el Cuarto Reich, y entonces todos brindaron, a la manera antigua, como hacían los auténticos alemanes, de tal manera que al chocar una o dos gotas cayeran sobre la botella del otro, o sobre su mano, con lo cual el asunto quedó por el momento zanjado, y Florian podía concebir la esperanza de tomarse un pequeño respiro, ya que durante la semana el asunto no solía estar sobre el tapete, más bien hacia el fin de semana, generalmente los viernes, cuando el Jefe, evidentemente, ya daba vueltas en la cabeza a las asambleas del fin de semana, si no interfería el Opel, el cual realmente presentaba problemas, ahora el cardán, ahora la bomba de agua, ahora el radiador, ahora esto, ahora aquello, a menudo daba alguna señal, lo cual obligaba a pensar lo primero en una visita al taller el sábado, así que iban entonces en busca de una pieza de recambio al taller de Adelmeyer o al de Eckardt, pero nunca al de Opitz, esa gente está inflada como un pavo y para colmo son de Renault, no tienen ni puñetera idea de un Opel, explicaba el Jefe a Florian, o sea que iban a lo de Adelmeyer o a lo de Eckardt, tras lo cual no le estaba permitido entrar en el patio, el Jefe aparcaba allí el coche, Florian cerraba rápidamente el portón por los ladridos del perro que tironeaba de la cadena y se limitaba a decir, vale, pues entonces me voy, y se iba, cuando llovía al café Herbst o a ver a la señora Ringer en la biblioteca, y cuando

no llovía a su lugar preferido en la ribera del Saale, donde había dos bancos bajo dos castaños delante de los campos de deporte, casi directamente a la orilla del río, muy cerca de un pequeño puente, le gustaba mucho, y mientras el Jefe arreglaba el coche y no llovía, tenía entonces horas por delante, horas para permanecer sentado allí solo y seguir pensando en lo que había explicado el señor Köhler, para digerir allí en el banco cómo evolucionaban las cosas, y estaba ahora allí sentado, apenas llegaban los gritos de la pista de balonmano relativamente lejana, y se preguntaba qué hacer, qué podía haber ocurrido en Berlín, pues no había recibido aún respuesta alguna, el día anterior había ido a ver a los Volkenant, había preguntado al cartero, pero tanto unos como el otro se limitaron a negar con la cabeza, aunque ya no en un gesto de burla, sino más bien de pena, de manera que había materia para reflexionar sobre qué hacer, eso rumiaba él bajo uno de los dos castaños cerca del pequeño puente, porque a lo mejor sólo se trataba de que era demasiado impaciente, pues no podía esperar que la canciller de Alemania leyera y comprendiera la carta de inmediato y, además, le contestara enseguida, de modo que lo más conveniente sea quizá armarme de paciencia por el momento, decidió sentado en el banco más corto bajo uno de los dos castaños en las proximidades del pequeño puente, y entonces escuchó el rumor de los pequeños rabiones del Saale, de las ágiles olas de las aguas someras que rompían allí donde algunos cantos rodados se interponían en su camino, escuchó el murmullo dulce, tranquilo y borboteante, y pensó en lo terriblemente difícil que era relacionar ese murmullo con aquel vacío en el que de la nada surge algo, sobre lo que el propio señor Köhler había dicho, por cierto, que precisamente por tal razón había abandonado sus estudios de física cuántica y sólo hablaba sobre ello en sus lecciones vespertinas y solamente mientras contara con suficientes oyentes, precisamente por tal razón se había apartado de la física cuántica, pues no lograba armonizarla con su

sentido común, de manera que empezó a buscar algo que no precisara más que cierto sentido común, cosa esta que, claro está, no mencionaba en ningún momento en la Escuela de Adultos, se quedaba en el mundo maravilloso de las partículas elementales en lugar del mundo espantoso de las partículas elementales, y buscó ese algo que no precisara más que sentido común y, de hecho, lo encontró, de modo que desde hacía años únicamente le interesaba la meteorología, su pequeña estación meteorológica de aficionado, una estación privada registrada ya incluso en el canal televisivo MDR y en el *Ostthüringer Zeitung*, que había levantado él solo trabajando durante años y años, ya tenía cuanto necesitaba, una estación privada de esas características podía medir la temperatura, la fuerza del viento, la humedad y la presión atmosférica, al principio sólo eso, pero luego, mientras se difundía su fama y podía recurrir a los datos de los noruegos y del servicio meteorológico del canal MDR, deseaba cada vez más ampliar su paleta de aparatos, como la llamaba, y desarrollar de forma casera, pues él sólo poseía uno comprado bajo mano de la marca Michelson-Martin, un actinómetro químico, algo inaccesible para él por el precio, y además, se dijo, qué meteorólogo aficionado es el que no fabrica por sí mismo sus aparatos de medición, de manera que decidió intentar producirlos de forma casera y el experimento se saldó con un éxito tal que acudieron a admirarlo no sólo los vecinos de su calle, que de todos modos no entendían nada de nada, sino también personal de la televisión MDR y del *Ostthüringer Zeitung*, y a partir de ese momento comenzó la fructífera colaboración, Adrian Köhler, dijo el señor Köhler levantando un poquito la voz, poseía desde entonces una estación de predicción meteorológica reconocida, a pesar de que a los profesionales no les gustan demasiado estas cosas, decía, en general suelen tratar con una condescendiente sonrisa a los aficionados, y con razón, por cierto, añadía, pero gracias a la fabricación casera del actinómetro químico fue aceptado,